

LA CAMPAÑA

PERIÓDICO POLÍTICO SEMANAL

ÓRGANO DEL PARTIDO FEDERAL-AUTÓNOMO PACTISTA DE LA PROVINCIA DE MURCIA.

PRECIO DE SUSCRICION.

Dentro y fuera de la capital UNA peseta el trimestre. Anuncios y comunicados á precios convencionales. Pago adelantado.

Administrador

SATURNINO TORTOSA,
calle de San Patricio.

ADVERTENCIA.

La correspondencia política y literaria se dirigirá al Director. Val de S. Antón, 75, pral. La administrativa á Saturnino Tortosa.

JUSTICIA.

Cuando recibimos noticias de tantas y tan valiosas peticiones de indulto, como Barcelona y aun Cataluña dirigían á Madrid, tuvimos por cosa segura é indudable la concesión de dicho indulto. Propende la época á abolir la pena de muerte, y esta tendencia ha entrado en España, puesto que con frecuencia vemos que se indultan á los criminales de parricidio, de pasmosos asesinatos y otros delitos casi tan graves; de suerte que los indultos están en alza, son de época.

Por esta razón decíamos nosotros: reclaman la vida de esos oficiales la civilización y la actual época; la piden la nobleza de Barcelona, las damas, el clero, los partidos, los periódicos, los literatos, el comercio, el pueblo, todo el país, la conciencia unánime de todas las clases. ¿Cómo resistir á este empuje de la opinión y de la conciencia? ¿Cómo negarse al acto mas noble, mas generoso, mas cristiano; que siempre será todo esto el perdón; cómo negarse á ello los altos funcionarios, á quienes el poder obliga á mayor generosidad, y su tan elevado rango á mas nobleza, y sus títulos antiguos, á mas cristianismo? ¿Cómo, quién representa á la nación y por ella lo es todo, y sin ella no sería nada, ha de emplear esa misma representación en oponerse y desairar á esa nación?

Nos engañábamos; las doctrinas que hoy debemos sustentar no son las que envuelven las precedentes interrogaciones. Estábamos en un error; y si antes era para nosotros el perdón como divino dogma, hoy renunciamos á él, y en su lugar adoptamos el de la justicia seca, mas aun, el de la ley hasta en sus derrames de sangre humana; en fin, el dogma y criterio del gobierno exactamente, á cuyo criterio prometemos y juramos ser muy fieles en lo sucesivo; tanto que sin distinción de personas ni rangos queremos que se aplique en todo rigor.

Así pues, si las mudanzas de las cosas trajeran algun día á los mismos gobernantes, á todos sin excepción de los mas encumbrados, á una situación análoga á la de esos des-

graciados que han sufrido la pena de muerte; nosotros que antes del suceso hubiéramos clamado pidiendo perdón, ahora como hemos mudado de criterio, y nos ajustamos al del gobierno, sólo pediremos justicia y mas justicia, y siempre justicia. Se nos ha despertado hambre y sed de justicia, la deseamos con vivas ansias, nos dice el destino que la habrá en esta nación, y nos dice tambien que todos ayudaremos á que se cumpla en todas sus partes. Así debe ser, y así lo han iniciado los hombres del poder.

En verdad no concluiremos sin confesar que la hipótesis de que los gobernantes, se encuentren condenados á muerte por delinquentes es violencia y acaso nunca sea un hecho; pero después de todo como dice un proverbio: de menos nos hizo Dios. Ello es que en este siglo y fines del pasado se han visto tantas cosas; del solio á la guillotina en Luis XVI. del trono al fusilamiento en Maximiliano, en vista de lo cual ya nadie puede decir: de esta agua no beberé, ó esas balas no me matarán.

Conque somos del gobierno en esto de hacer justicia, y caiga sobre quien cayere, lo demás lo hará el destino.

LA REVOLUCION DE SETIEMBRE.

Si la monarquía hereditaria pudiera resistir la crítica de la razón, con sólo mostrar experimentalmente á sus defensores á Carlos el Hechizado, habrían de enmudecer.

Un pueblo, aunque en decadencia, señor todavía del más vasto imperio que han conocido los siglos, cuando para contener su ruina y apuntalar sus desvenecadas posesiones había menester un brazo fuerte y poderoso por jefe, un entendimiento vivo y perspicaz por director, vese por el principio hereditario gobernado por el desventurado engendro de una raza gastada y decrepita, enteco hasta la impotencia y menguado de espíritu hasta la imbecilidad. Si Carlos II como hombre inspira dolorosa compasión, como la inspira siempre el culpable de agenos vicios y maldades, como rey subleva la conciencia humana, y marca la monarquía hereditaria con el sello de condenación eterna.

Como grajos voraces que persiguen el agonizante cuadrúpedo en que han de saciar sus apetitos, los monarcas europeos rodeaban por sus embajadores el lecho de Carlos de Austria, disputándose el cadáver de la monarquía fundada por los Reyes católicos. Y aquella infeliz cuanto despreciable criatura, espantada con las representaciones del infierno, incapaz de pensar ni dis-

tinguir el bien de mal, toinando con calenturienta y temblorosa mano una pluma, como el que lega un rebaño, legó el pueblo español á la *Casa de Borbon*, familia enemiga declarada de la grandeza de España, por España cien veces vencida en los campos de batalla.

Este testamento, tras carenta y tres años, en que España perdió todo su vigor y Cataluña sus antiguos fueros, estableció en nuestra patria la dinastía de Borbon sobre las ruinas de nuestra grandeza. Desde entonces que, satélite política de su antigua enemiga, la Francia, vive relegada á puesto secundario en el concierto de las naciones, ¡jella! dominadora de Alemania, vencedora de Francia, señora de Italia un día.

Tras Felipe V, á quien su misantropía no permitió más que ser juguete de sus mujeres, produjo la familia de Borbon al beato é inofensivo Fernando VI, esculpido en piedra y ladrillo en su obra máxima, el monasterio de las Salesas. Siguió un hombre dispuesto al bien por pasión, Carlos III, que, si no contraría el despertar de nuestro pueblo, comun á todos los del Occidente de Europa, á nuestra nación con coyunda de muerte y de servilismo á sus parientes de Francia, en el famoso *Pacto de familia*, que no tiene la lengua palabras bastantes vivas para maldecirle.

Y como agotada la raza para el bien, viene tras de Carlos III su hijo Carlos VI, especie de Claudio cuya vulgar y despreciable naturaleza ponen de manifiesto un trono de que no es digno, y una mujer que le entrega, con su pudor, la efectividad del poder á miserable soldado que satisface sus apetitos, soldado cuya aptitud, solo comparable á la vileza de los medios y de la persona que le engrandeció, sumió la patria, en 1808, en abismo tal de humillación y desdoro, que hubiera corrido la suerte de la infeliz Polonia, á no hallar el pueblo español, en su desesperación, un heroísmo sin ejemplo.

Para entonces, la lava de aquel volcan que se llama la revolución francesa, desbordando del Pirineo, había penetrado en España, y despertado con su calor el pensamiento de este gran pueblo. Un estremecimiento inconsciente de libertad, y la protesta contra las infamias de una corte escandalosa, hicieron poner la esperanza de los españoles en Fernando VII, monstruo indigno de haber visto la luz en la hidalga tierra de Castilla. Hipócrita y malvado, el brillo de la corona le hace traidor á su padre y á su rey, y vilipendiador de su propia madre. Una abdicación le ciñe la corona. El *Deseado* llamó al pueblo en su inocencia, y jamás se vieron en este país mayores muestras de simpatía y amor á una persona.

Pocos meses después, el rumor de tantos escándalos, la ambición, el falso juicio de considerar al pueblo tan vil como sus reyes, atraen á Napoleon á Bayona.

Y ¡horror! después de insultarse Carlos y Fernando, después de rebajar su dignidad hereditaria ante un advenedizo jacobino, que había llevado á Luis de Borbon á la guillotina, el hijo cobarde vuelve la corona al padre, y el padre envilecido la dá á Napoleon.